Ermitas Penas
La Espuma, de Armando Palacio Valdés, como *novela de alta sociedad*
Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo. XCI, 2015, 163-174

LA ESPUMA, DE ARMANDO PALACIO VALDÉS, COMO *NOVELA DE ALTA SOCIEDAD*

A Leonardo Romero Tobar

Publicada en 1890, *La Espuma* no es obra primeriza sino continuación de una andadura literaria que el escritor asturiano había iniciado nueve años antes con *El señorito Octavio*[1]. M. Hemingway (1993), en un interesante estudio, la consideró en su día *novela aristocrática*al igual que *La Montálvez* (1888) de José María de Pereda y *Pequeñeces* (1890-1891) de Luis Coloma.

L. Bonet (1996), que utiliza igual marbete para referirse al mismo subgénero, sitúa en esta órbita *Lo prohibido* (1884-1885) de Galdós y *Guante* (*Revista de España*, X, XI y XII de 1885) de Luis Alfonso. Y A. Zamora (2006) amplía la nómina con *La mujer de todo el mundo* (1885), primera novela de Alejandro Sawa, *La vizcondesa de Armas* (1887) de Juan Armada Losada –quien firmaba como *El Marqués de Figueroa*–, *Carne de nobles* (1887) de Eduardo López Bago y, con carácter epilogal, *El maestrante* (1893) del propio Armando Palacio.

También los autores dieron nombre al subgénero que practicaban o comentaban. Así, Pereda en carta a Galdós califica *Lo prohibido* de "novela de frac y guante blanco" (Ortega, 1964, 95), en alusión a dos prendas características y exclusivas que los integrantes de las clases privilegiadas utilizaban en su restringido ambiente. Pardo Bazán (1891) llama *novela de salón* a *La Espuma*, y Armada Losada (1891) *novela aristocrática* a *Pequeñeces*, *La Montálvez*, su propia narración *La vizcondesa de Armas* y veladamente, porque no las nombra, a *Insolación* de doña Emilia y a *Lo prohibido* (1885), *La incógnita* (1889) o *Realidad* (1890) del escritor canario. Luis Alfonso (1891), finalmente, denomina *novela de alta sociedad* al relato de Palacio Valdés y a *La Montálvez*.

[1] Apareció en la editorial barcelonesa Henrich y Compañía, en dos volúmenes con numeración de capítulos independiente e ilustrada por Manuel Alcázar y José Cuchy.

Nos encontramos, pues, ante un subgénero, que como tal, debe ser configurado por ciertas constantes tanto en lo referente al contenido –temática, motivos, etc.– como a la forma –estructura narrativa fundamentada en la modalización, el espacio y el tiempo– y al diseño de los personajes. Pero hemos de tener en cuenta, no obstante, que aquellas constantes serán menos estables, y adquirirán mayor labilidad para transformarse en otras que si estuviésemos hablando de un género propiamente dicho[2]. Lo cual repercute en una suerte de transvase de la *novela de alta sociedad* a otros subgéneros, identificados de diferente forma como *novela moral, novela erótica, novela galante, novela antiaristocrática, novela de tesis* o *novela naturalista*. Sin ánimo de plantear ningún tipo de polémica sobre el particular, sino de ampliar los límites y clarificar el subgénero al que adscribiremos *La Espuma* van dedicadas las siguientes páginas.

Si he elegido la *marca*, como ahora se dice, de *novela de alta sociedad* no es tanto por arrumbar la más asentada de *novela aristocrática* como por fijar el mencionado subgénero con unas bases más firmes, ensanchando sus fronteras. Tampoco, al servirme de tal denominación, me he inspirado, aunque el recuerdo ha sido inevitable, en el título de la película *High Society*, dirigida en 1956 por Charles Walters y basada en la comedia *The Philadelphia Story*, que ya se había llevado a la pantalla en 1940. No, la he tomado de un conocido crítico de la época del realismo-naturalismo: Luis Alfonso que, como se indicó más arriba, la puso en circulación[3].

Ese marbete, en mi opinión, puede englobar la *novela aristocrática, novela de salón* o *novela del gran mundo*, pues de establecer un *corpus* que incluiría las novelas antes mencionadas, excepto *El maestrante*, todas ellas se desarrollan en un espacio común: Madrid. Es la capital, la gran ciudad como las europeas, donde los privilegiados tienen su asiento. Un ámbito en pleno desarrollo que sorprende por su fisonomía a los personajes provincianos que la contemplan con asombro. Así, a José María Bueno de Guzmán, protagonista de *Lo prohibido*, que en 1880 nota los sorprendentes cambios operados en la ciudad desde el 68:

> La hermosura y amplitud de las nuevas barriadas, los expeditivos medios de comunicación, la evidente mejora en el cariz de los edificios, de las calles y aun de las personas, los bonitísimos jardines plantados en las antes polvorosas plazuelas, las gallardas construcciones de los ricos, las variadas y aparatosas tiendas, no inferiores, por lo que desde la calle se ve, a las de París o Londres, y, por fin, los muchos y elegantes teatros para todas las clases, gustos y fortunas (B. Pérez Galdós, 1971: 48).

[2] Véase Guillén (2005: 137-171).

[3] Más modernamente G. R. Willard (1983) incluye "la alta sociedad" en el título de su libro.

Por tanto, la *novela de alta sociedad* no es nunca narración provinciana, sino que la urbe madrileña como escenario de la diegesis se dibuja como rasgo común del subgénero. También goza de esta prerrogativa la focalización del relato por un narrador omnisciente que con frecuencia desempeña roles de autor implícito. Esto que sucede en *La Espuma*, se altera en otras muestras del subgénero ya que los diferentes autores dejan cierta libertad a sus criaturas literarias a través de una autobiografía ficticia (*Lo prohibido*), unas memorias trufadas con la narración en tercera persona (*La Montálvez*), la forma epistolar (*La incógnita*) y dialogada (*Realidad*) o el punto de vista y voz de un personaje predominante en varios capítulos (*Insolación*).

En cuanto al contenido, los críticos y los propios escritores cuando asumen ese papel lo concretan. Pardo Bazán (1891) habla de "pintura de la vida elegante" o de la "vida *chic*"; *El Marqués de Figueroa* de "usos y costumbres de la sociedad aristocrática" o "vida aristocrática" del "gran mundo"; Luis Alfonso (1891) de "costumbres de lo que se llama alta sociedad", denominada *high life* por los ingleses y *le monde* por los franceses, y Gómez de Baquero (1891) de "pintura de las clases elevadas". Julio Burell (1891), por su parte, emplea el galicismo *Todo Madrid –le tout Madrid–*. Y *Clarín* (1885), con ironía, se refiere a "la miserable vida de nuestra pobreza encopetada y ostentosa, y de nuestra riqueza holgazana, viciosa, enfermiza".

Es decir, las narraciones del subgénero de alta sociedad atienden a lo más adinerado, influyente y elegante de la capital, que viene a coincidir con el título de la novela de Palacio Valdés: la *espuma* o las gentes que gozan de más estima en el engranaje social.

En este aspecto cabe matizar que aunque la nobleza venía desempeñando este papel en la España tradicional, a las alturas de la década de los 80 y 90 del siglo XIX, como es bien conocido, las transformaciones económicas provocaron cierta porosidad en las clases sociales. Y esto se hizo patente porque a la aristocracia de sangre, poseedora de propiedades vinculadas a la tierra, le salió un fuerte competidor representado por el mundo del dinero, la banca y los grandes negocios: la oligarquía mercantil y financiera en manos de los hijos de antiguos comerciantes. No fue raro, ni mucho menos, el intercambio en la alta sociedad de *blasones y talegas* cuando los aristócratas carecían de bienes. Pero los caudales no venían de un indiano, como en las narraciones peredianas, sino de un rico o rica de la *hig hlife* madrileña. Esto es lo que sucede en *La Espuma* con el futuro matrimonio de Pepe Castro, completamente arruinado, y la hija del adinerado banquero Julián Calderón. Precisamente, la tía del joven, marquesa de Alcudia, transige con el trueque –"tomar estiércol" (420)[4]– y aprueba el enlace porque considera a la futura prometida parte de la alta sociedad: "Esperanza es una niña excelente. Se ha educado ya entre nosotros" (419).

[4] Cito, y en adelante por la edición de G. Gómez-Ferrer (1990).

Por otro lado, esa nueva nobleza tenía suficientes recursos tanto para comprar títulos como para que se les concediesen por su apoyo a la política de la Restauración. Así podría explicarse el marquesado de Salabert, otorgado a un acaudalado banquero aunque de bajo origen, personaje fundamental en la novela de Palacio Valdés.

G. Gómez-Ferrer (1983 y 1986) ha estudiado el mundo social de la monarquía alfonsina en la obra del autor asturiano, y M. Hemingway (1993) la clase dirigente en *La Espuma*. Ese fresco lo conforman militares de alta graduación, nobles, banqueros, ministros, diplomáticos, etc., de diferentes edades y generaciones. Varias se observan en la novela: la de los mayores, de unos 60 años – Salabert y el general Pallarés– pasando por los de 50 –Calderón y Pinedo– y los que están en la cuarentena –Dávalos, Luna, Osorio y Escosura– hasta los casi treinta o treinta y pico de los más jóvenes –Pepe Castro, Ramírez y Maldonado–. No pertenecen, por otra parte, al mismo estado civil: abunda la soltería en los últimos y el matrimonio en los demás, excepto en Pinedo y Dávalos que son viudos.

Patiño es general y conde de Morillejo; Pallarés, también general, exgobernador y caballero de Calatrava; Manolo, marqués de Dávalos; Salabert, como ya se indicó, duque de Requena y banquero como su yerno Tomás Osorio, Julián Calderón y el marqués de Arbiol; Pinedo, con cargo bastante importante en la Administración pública y muy buenas relaciones con la aristocracia, la banca y la política; Jiménez Arbós, de larga trayectoria en esta carrera, ministro de Fomento; Escosura, hombre rico, bien posicionado en la misma, accederá a un Ministerio; Álvaro Luna, conde de Soto; León Guzmán, conde de Ágreda; Cobo Ramírez, hijo de los condes de Casa-Ramírez; Castro, de ilustre cuna y sobrino de la marquesa de Alcudia, y Ramoncito Maldonado, de buena familia y concejal del ayuntamiento madrileño. Hay además algún advenedizo como Rafael Alcántara, de extracción humilde, eterno peticionario de dinero, desvergonzado y burlón, al que se le admite en la alta sociedad por su prestigio de hombre valeroso como duelista. También Fuentes, "ídolo de las tertulias" (282), del que se suponía gozaba de algunas rentas, pero nadie sabía a ciencia cierta de qué vivía.

Entre las féminas, están casadas Clementina –37 años–, la protagonista, hija del duque de Requena, su íntima amiga Lola Madariaga, algo más joven, y Mariana, su concuñada y apática esposa de Calderón. Son viudas, la pía marquesa de Alcudía y Pepa Frías –"mujer fresca, apetitosa" (125), cuarentona, en buena posición. De otras damas como la marquesa de Ujo, la condesa de Cotorroso,la marquesa de Fonfría, la baronesa de Rag, la condesa de Valpardo, la marquesa de Veneros, la condesa del Cebal poco llega a saber el lector.

Toda esta galería de personajes se presenta con notas nada positivas, lo que es habitual, salvo excepciones, en los relatos de alta sociedad, convirtiéndose en otra constante del subgénero. Así, frivolidad, ostentación, vanidad, cinismo, holganza caracterizan, como conjunto, a los llamados por el narrador "prepotentes" (90). Palacio Valdés ha fijado más su atención en determi-

nadas criaturas a las que les ha dado amplio desarrollo. Una de ellas es Salabert, personaje desagradable, grosero, avariento, mezquino, ambicioso, mendaz... al que solo saca dinero su querida, la bella y deslenguada Amparo. Tanto sus móviles como su conducta son detestables. Esta queda patente en varias actuaciones: estafa a Fayolle, importador de caballos extranjeros que surtía su cuadra, involucrando al cochero sobre el precio de un ejemplar; presenta un pliego de licitación en la subasta de una línea de ferrocarril, faltando a su palabra con otros banqueros de que no entraría en el negocio, y culpa de falsificar su firma a algún empleado; intenta, sin conseguirlo, que su enferma mujer teste a su favor; obtiene por medios ilícitos la mina de Riosa; una vez muerta doña Carmen, mete en su casa a Amparo que se enseñorea rápidamente de ella... Diríase que Palacio Valdés acumula en el rico banquero todos los defectos de la alta sociedad.

Las novelas de este subgénero suelen –y es otro rasgo pertinente– estar protagonizadas por un personaje femenino. Incluso en los casos en que no gozan de esta prerrogativa, su papel es muy relevante como en *Lo prohibido*, *La incógnita* y *Realidad*. A. Zamora (2006) las define como "monstruos de infamia", encarnación de la perversidad, envidia, ostentación de lujo en joyas, vestimenta y agasajos, frívola conducta, e, incluso, lujuria. Dos motivos parecen recurrentes: la belleza y el adulterio. Así, la hermosura de Clementina, continuamente señalada por el narrador, suma de tez morena, ojos azules y cabello rubio, la convierte en una mujer de éxito. No obstante, aquel no deja de subrayar otros elementos menos gratos en relación con su orgullo y frialdad de carácter: "Debajo de sus líneas correctas y firmes se adivinaba un espíritu altivo, sin ternura" (77).

Como las protagonistas de otras narraciones de la alta sociedad –Curra Albornoz (*Pequeñeces*), la condesa del Zarzal (*La mujer de todo el mundo)*, la reina de Liboria y la duquesa de Benimar (*Carne de nobles)*, Verónica Montálvez (*La Montálvez*), o la Augusta galdosiana– Clementina es adúltera. La única excepción es Asís Taboada, marquesa de Andrade en *Insolación*, que tiene un amante pero es viuda.

La hija de Salabert deja a Pepe Castro para seducir a Raimundo Alcázar, joven de 23 años que aparentaba 18, de carácter débil, inteligente, de buena educación y aplicado que preparaba oposiciones a una cátedra de Zoología. Los cuidados maternales, que recuerdan los que dedica doña Aurora a Rogelio, estudiante de Derecho en *Morriña* de Pardo Bazán, la admiración de su hermana Aurelia y el recuerdo ejemplar de su padre, eminente geólogo con cátedra en la Universidad de Sevilla, alientan la dedicación al estudio de Raimundo que promete labrarse un gran futuro como entomólogo. Pero todo se viene al traste cuando Clementina, "hastiada de la vida elegante, habiendo agotado todas las emociones que ofrece a una dama ilustre por su hermosura y por su riqueza" (265-266), se encapricha de él, tan diferente a sus amigos de la alta sociedad. Y poniendo "en juego todas las armas de que disponía" (334), lo hace suyo. Representando un papel de diosa, adorada por el mucha-

cho que la divertía con sus niñerías, su corazón, "casi siempre encogido por la soberbia o el hastío (345)", se serenaba.

Pero la perversidad de Clementina, sobre la que actúan al igual que en algunas protagonistas las leyes de la herencia, lo convierte en su incruenta víctima. No se trata simplemente de abandonar a Raimundo, sino de algo mucho más artero e inaceptable. Cuando se plantea el pleito con su padre, a la muerte de doña Carmen, ya que el duque de Requena no quiere entregarle el dinero que esta le había dejado, se apoya para ganarlo en Escosura, admirador y ya ministro. Ante los celos de Alcázar, su amada intenta convencerlo de que le quiere solo a él, pero le hace una *proposición indecente*: romper en apariencia y a los ojos del mundo ser la amante del acaudalado orador. Esa "infamia y asquerosidad" (242) con que Raimundo califica tan humillante propuesta, debe ser aceptada para seguir unido a Clementina. Cuando el pleito es fallado a su favor, a lo quecontribuyó tanto la locura de Salabert como la considerable influencia del ministro y amante, las citas amorosas con Alcázar se hacen más escasas. Dos meses después del feliz suceso, la corrupta dama da por terminadas sus relaciones íntimas con el joven de clase media que ha abandonado los estudios y hasta ha llegado a sustraer dinero del legado por su padre para mantener el elevado coste de sus escarceos con la alta sociedad.

Armando Palacio además de atender a las criaturas principales de su relato presta atención a otras menores. Es claro, sin embargo, que su interés por presentar un amplio muestrario de seres pertenecientes al gran mundo- acaba por influir negativamente en la composición de *La Espuma*. Así, concebida de acuerdo con el clásico paradigma tripartito, la introducción, dedicada a presentar a los personajes y el medio en que se sitúan, es demasiado larga. Se extiende hasta el capítulo VIII, con un total de 247 páginas de la 433 de la novela. El nudo, desde aquel hasta el XIV inclusive, se centra en un conjunto de conflictos: los amores de Clementina y Raimundo que lo conducen a hacer una vida disoluta abandonando el estudio y gastando el dinero familiar, los problemas de Salabert con su esposa que no testará a su favor, el pleito con su hija a la muerte de doña Carmen, los enfrentamientos con su querida que la llevarán al palacio de Requena, y de esta con la protagonista.

A pesar de la complejidad de tantos problemas abordados, la parte central de la novela es bastante más corta –165 páginas– que la inicial. El desenlace, precipitado, que comprende los dos últimos capítulos, el XV y el XVI, atiende a la locura del duque, quien es abandonado por Amparo arropada por sus robos en la casa, la felicidad de Clementina por ganar el pleito y la ruptura con Raimundo. Por tanto, la organización de la materia narrativa en *La Espuma* resulta descompensada o desequilibrada.

Aunque la novela queda abierta en su cierre, al igual que *Insolación* y *Realidad*, y no se produzca la muerte o alguna catástrofe en relación directa con la protagonista como en otras muestras del subgénero de alta sociedad, algo de justicia poética parece tener la situación final del vicioso Salabert, convertido en un viejo demente del que se burlan sus propios criados.

Todo el colectivo de la *high life* está perfectamente instalado en buenos pisos, hotelitos y palacios del centro de Madrid o del ensanche capitalino (Gómez-Ferrer, 1983: 266-279). Lo cual no es más que una manifestación de su estatus económico y social privilegiados. Así, Salabert posee un magnífico palacio, rodeado de un auténtico parque, en el paseo de Luchana, y la marquesa de Alcudia otro de principios del XVIII en la calle de San Mateo, también en las inmediaciones de la Plaza de Europa pero en el viejo Madrid. Clementina y Osorio, su marido, residen en un hotel en Don Ramón de la Cruz en el reciente barrio de Salamanca, destinado a la alta sociedad. En otra vivienda unifamiliar habita el general Patiño, situada en la calle de Ferraz en la zona residencial de Argüelles. En la calle Salesas –hoy desaparecida, pero en el entorno de la plaza del mismo nombre– tiene su casa Lola Madariaga, y en zona céntrica también, Julián Calderón disfruta de su principal de la calle Mayor, así como Pepe Castro de su piso en una de las mejores casas de Atocha.

Palacio Valdés se ha esforzado en describir con detalle las diferentes estancias de estas viviendas a las que tiene acceso el lector. En todas ellas prima el lujo, el buen gusto y el refinamiento en muebles, alfombras, lámparas, cortinajes o adornos, metáfora de la posición social o el poder adquisitivo de sus dueños. El cual se manifiesta también en los gastos inherentes a sus diversiones: los abonos en el Real –palcos o plateas–, los caballos y coches para la equitación y el paseo por el Retiro, el servicio, la vestimenta apropiada para las visitas, tertulias, almuerzos o comidas, y fiestas que tienen lugar en los salones de sus viviendas. Destaca entre estas últimas el baile y la cena de Carnaval, con asistencia de los reyes[5], en el palacio del duque de Requena, organizados por su hija Clementina.

Caso aparte, en este mismo ámbito recreativo de la alta sociedad, es la extravagante excursión a la mina de Riosa, con opíparo almuerzo incluido en un elegante comedor improvisado en una galería. Surge aquí, en contrapunto con la opulencia de la élite crematística y aristocrática, el mundo obrero. La injusticia social –la miseria, las condiciones infrahumanas del trabajo, los ínfimos sueldos, la enfermedad y la muerte– se patentiza en una serie de escenas en que la indiferencia de la oligarquía y falsa caridad de algunas damas no ocultan la situación ni el brote revolucionario.

Aparecen en *La Espuma* algunas criaturas de ficción, al contrario de los de menos edad, que parecen esforzarse en algo. Me refiero a los banqueros quienes, sin embargo, dejan mucho que desear en cuanto a sus medios de enriquecimiento (Lissorgues, 2002). Como muestra: las estafas de Salabert, el mezquino e irrisorio sistema de ahorro de Calderón y las trapisondas especulativas con fondos públicos.

[5] Dato que sitúa la acción de la novela antes de 1885, fecha de la muerte de Alfonso XII.

Los personajes masculinos son tan frívolos como los femeninos, sobre todo los de la generación más joven del *Club de los Salvajes*, dedicados por completo al solaz y a una continuada holganza. El adulterio es en casi todos ellos su forma de entender la sexualidad. La nómina de relaciones ilícitas es, por ello, extensa: Salbert, su yerno Osorio, Jiménez Arbós, Escosura... Algunos caen en brazos de amantes que pertenecen al mundo de la prostitución, aunque sea, como en el caso de la *Peri* galdosiana, en la época, de alto *standing*, Así, Dávalos y el duque de Requena con la Amparo, Luna con la Conchilla, León Guzmán con la Nati... Otros varones no tienen ningún inconveniente en tirarle los tejos a mujeres casadas como el general Patiño a Mariana, esposa de Calderón.

Como puede observarse, el panorama que Palacio Valdés presenta en *La Espuma* sobre la alta sociedad capitalina no puede ser más negativo. Ningún personaje se salva, con toda justicia, a tan acerba crítica. El escritor era consciente de esta y la prueba fue su rechazo, no exento de cierto temor, a que la novela se hubiese anunciado con el subtítulo de *Novela de la aristocracia madrileña*. De forma que, en carta a Yxart –24 de marzo de 1890–, director literario de la casa Henrich en que se publica *La Espuma*, le pide que aquel subtítulo sea sustituido por *Novela de costumbres*. Lo que justifica porquela aristocracia "la constituyen un número muy reducido de personas" y por lo tanto ese rótulo "sobre ser de mal gusto me puede exponer a un lance personal"(Torres, 1982: 279-280).

Esta común animadversión hacia la alta sociedad que protagoniza las diferentes muestras del subgénero no fue canalizada en objetivos e intencionalidad de igual manera por los distintos autores, aunque el narrador adopte como rasgo constante el molde expresivo de la sátira, la ironía y el sarcasmo. En este sentido, es lugar común de la crítica señalar en *La Espuma* ,como ejemplo más representativo, la sesión religiosa en casa de la marquesa de Alcudia. Acuden a ella un conjunto de personajes libertinos e inmorales que no parecen ser los receptores más propicios para una plática dedicada a ensalzar la familia cristiana, fundamentada para el oficiante en la religión, la propiedad y las tradiciones.

La finalidad y pretensión de los escritores en sus relatos de alta sociedad es cuestión debatida, lo cual abordaremos sucintamente. Desde posturas radicales de la izquierda socialista o anarquista, A. Sawa y E. López Bago plasman sus ataques a la clase privilegiada en sendas novelas de corte naturalista próximas al relato eróticogalante. L. Bonet aprecia con acierto que aunque en *Lo prohibido* y *La Montálvez* puede observarse "un mismo propósito de "moralización", este es "de signo dispar" (1996: 417). Es decir, para él, mientras Pepe Bueno de Guzmán escribe, con una perspectiva laica, sus páginas autobiográficas para su provecho y el de los demás, las de Nica Montálvez, con una perspectiva católica y prosa clerical, constituyen un intento de limpiar su conciencia mediante un relato –el suyo– del que abomine el género femenino.

J. M.ª de Pereda y L. Coloma parten en sus respectivos alegatos de posiciones ideológicas conservadoras y tradicionales absolutamente opuestas a las de los autores del naturalismo más ortodoxo mencionados antes e, incluso, de Galdós. No obstante, cabe hacer matizaciones que diferencian el moralismo ejemplarizante y católico de *La Montálvez* y *Pequeñeces*. Coloma no combate a toda la clase dirigente, sino a un tipo de nobleza "impura", que admite a la alta burguesía, que no practica el integrismo, que incumple su función social y, que al contrario de la "pura", sigue el plan integracionista de Cánovas (Gómez-Ferrer, 1986). El jesuita la ataca no solo "con una actitud de intransigencia, especialmente en lo político y lo moral" (Benítez, 1975: 25), sino con auténtico afán de prédica tal como expone en el prólogo "Al Lector".

Por lo que respecta a *La Montálvez*, los prejuicios peredianos hacia la corrupción de la gran ciudad, encarnación de todos los males, son factor importante en su crítica a la alta sociedad madrileña, que es fustigada para reivindicar los valores –tradición, religiosidad, conservadurismo– de la auténtica nobleza.

En cuanto a *La Espuma*, la denuncia de Palacio Valdés hacia la clase privilegiada y dirigente de la Restauración, tal como hemos visto, no deja lugar a dudas[6]. Sin embargo, desde posiciones liberales y relegando toda moralina[7], el escritor asturiano muestra en su novela a una alta sociedad, hipócritamente aliada a la Iglesia, con nula capacidad para llevar las riendas del país. También, como antes se indicó, las páginas dedicadas a la mina de Riosa ponen sobre el tapete otros aspectos. En primer lugar, la cuestión social: la injusticia respecto a la clase obrera. En segundo, la indiferencia y desprecio de la clase dirigente que no está dispuesta a darle la mínima cancha en el conjunto político y económico. En tercero, la inequívoca actitud del mesócrata Quiroga, médico de los mineros, en pro del *cuarto estado* y en contra de la inoperancia de los privilegiados. Me parece algo exagerado sostener, sin embargo, que Palacio Valdés en *La Espuma* se oriente, como supone G. Gómez Ferrer, "hacia soluciones reformistas y democráticas preñadas de simpatía hacia la utopía socialista" (1986: 556).

No obstante la antipatía hacia la alta sociedad, reiterada por la crítica del momento, Pardo Bazán (1891), Luis Alfonso (1891), Gómez de Baquero (1891) o Armada Losada (1891) abordan en sus reseñas sobre *La Espuma* otro insistente aspecto en todas ellas que parecería invalidar el alegato de su

[6] González Serrano (1892:115) reconocía que el texto "pretende ser crítica de la vida aristocrática".

[7] J. Burell (1891) sostiene que el lector reflexivo al cerrar el libro pensará: "si algún día se realiza la revolución moral que haga a los hombres más justos y a la sociedad más buena, páginas como estas, que parecen alegres y son tristes, habrán contribuido a ello, tanto como la voz de los tribunos y el razonamiento de los filósofos". También le parece novela psicológica, y L. Alfonso (1891) destaca sus "rasgos de estudio psicológico".

autor contra el gran mundo[8]. Me refiero a los ataques vertidos, al igual que se había hecho con las novelas de Pereda y Coloma, contra la falsedad de lo plasmado, fundamentados en que Palacio desconocía los ambientes que le eran propios, los cuales solo llegarían por chismes o habladurías oídos en tertulias de café o cervecería[9].

El asunto, en el momento preponderante en que el realismo-naturalismo fía buena parte de su eficacia a la observación y documentación, parece tener más calado que la mera recriminación, un tanto cominera, por la presencia de determinados usos o costumbres inapropiados. Y, sin embargo, desde la perspectiva crítica actual, difícil sería calificar, a pesar de estas carencias, de idealistas a unas cuantas novelas de alta sociedad. Esta es para el lector de hoy, que no advierte los detalles concretos del modo de vida del *todo Madrid* de aquella época, *materia novelada*, por utilizar la certera expresión de Lissorgues (2002).

La clave de tan debatido tema hay que buscarla, posiblemente, no en el mermado referente real –el desconocimiento del gran mundo por parte de los escritores– sino en cómo han escrito sus novelas. Lo cual tiene que ver con la vaga o ausente pintura descriptiva de los ambientes –el medio–, la creación de los personajes como individuos en nada ejemplares o como tipos poco recomendables y el estilo sarcástico e irónico de la voz narrativa. Un somero examen lleva a la conclusión de la existencia de ciertas elisiones y falta de matices en la novela de alta sociedad, de demasiado brochazo gordo, y de excesiva y general negatividad. Lo cual revierte, a nuestro entender, en uno de sus más graves defectos: unas y otras, con castigo ejemplar de muerte o sin él, no dejan de ser novelas de tesis[10]. Hay, no obstante, algunas excepciones. *Insolación* de Pardo Bazán no lo es, aunque se critique por el krausista Gabriel Pardo las costumbres populares y achuladas de la clase dirigente. Lo cual también aparece asimismo en *La Espuma* cuando el narrador menciona, refiriéndose a Clementina, su tendencia expresiva a las formas desenvueltas, a la burla y el desgarro de las madrileñas de los barrios bajos. Pero este *flamenquismo* no es exclusivo de la protagonista sino que tal "tendencia se hallará más o menos exagerada en toda la alta sociedad madrileña" (153).

Caso aparte, lo constituyen las novelas galdosianas, sobre todo *Realidad*.

---

[8] L. Alas no escribe sobre la novela de su amigo. Esto es doblemente llamativo ya que lo hacía habitualmente y, además, había comentado en 1884 la falta de relatos dedicados a la alta clase. Y H. González Serrano (1892: 116) lamenta que el relato se convierta en "novela de enredo" al olvidar el autor "penetrar más y más en el medio o escenario dentro del cual se mueven sus personajes".

[9] Frente a esto, Hemingway (1993: 59) da importancia a las fuentes no reales, sino literarias al considerar como tales *Le nabat* de Daudet y *Mensonges* de Bourget.

[10] Sin embargo, H. del Porto opina que en *La Espuma* la tesis es "aparentemente circunstancial y no preconcebida" (1984:40).

No hay tesis pero sí un análisis de la moralidad personal a través de sus personajes excepcionales, como tan bien vio Leopoldo Alas, basándose en concepciones de Turguéniev y de P. Bourget, en 1890. El medio es el habitual de la alta clase capitalina y, en él, el drama tejido en torno a Orozco, Augusta y Federico Viera es construido, a decir de *Clarín*, por "asuntos de psicología principalmente" que convierten el relato en "novela de carácter y dentro del carácter, novela principalmente ética" (2003: 1689).

La Espuma sí parece, en cambio, como otras muestras del subgénero, encerrar una tesis sin fisuras: la corrupción a todos los niveles de la alta sociedad madrileña, precisamente en un momento de la trayectoria de la narrativa española al que ya no le correspondía la novela tendenciosa.

Teniendo en cuenta lo arriba expuesto, en la narración de Palacio Valdés se detectan las constantes que construyen la poética de la novela de alta sociedad, tales la ubicación exlusiva en Madrid en una cronología contemporánea al lector del momento, la focalización desde el punto de vista de la omnisciencia, el protagonismo femenino y la crítica a unos seres en nada admirables que componen el universo de la clase más elevada del engranaje social, lo que se traduce en una inevitable tesis.

ERMITAS PENAS
UNIVERSIDAD DE SANTIAGO DE COMPOSTELA

BIBLIOGRAFÍA

ALAS, Leopoldo,"*Lo prohibido* por Pérez Galdós" (*La Ilustración Ibérica*, CXXXII, julio de 1885), en L. Bonet (ed.), *Obras completas*, IV, *Crítica*, Oviedo: Ediciones Nobel, 2003: 761-769.

———, "Revista literaria. *Realidad*, novela en cinco jornadas por don Benito Pérez Galdós" (*La España Moderna*,XVI, abril de 1890), en L. Bonet (ed.), *Obras completas*, IV, *Crítica*, Oviedo: Ediciones Nobel, 2003: 1674-1690.

ALFONSO, Luis, "Crónicas literarias. La alta sociedad en la literatura española (A propósito de *La Espuma*, novela de Armando Palacio Valdés)", *La Época*,14 de enero, 1891.

ARMADA LOSADA, Juan (*El Marqués de Figueroa*), "La novela aristocrática", *La España Moderna*, (XXXIII), 15 de septiembre, 1891: 53-65.

BENÍTEZ, Rubén, "Introducción" a L. Coloma, *Pequeñeces*, Madrid: Cátedra, 1975: 9-43.

BONET, Laureano, "Introducción" a J. M.ª de Pereda, *La Montálvez*, J. M. González Herrán (ed.), *Obras completas*, VI, Santander: Ediciones Tantín, 1996: 413-468.

BURELL, Julio, "Armando Palacio Valdés y su última novela *La Espuma*", *El Heraldo de Madrid*, 6 de enero, 1891.

GÓMEZ DE BAQUERO, Eduardo, "Autores y libros. *La Espuma* por Armando Palacio Valdés", *La Época*, 9 de enero, 1891.

GÓMEZ-FERRER, Guadalupe, *Palacio Valdés y el mundo social de la Restauración*, Oviedo: Instituto de Estudios Asturianos, 1983.

———, "La clase dirigente madrileña en dos novelas de 1890" en Luis E. Otero Carvajal y Ángel Bahamonde (eds.), *Madrid en la sociedad del Siglo XIX*, I, Madrid: Comunidad de Madrid. Consejería de Cultura-Revista Alfoz, 1986: 533-556.

——— (ed.), A. Palacio Valdés, *La Espuma*, Madrid: Castalia, 1990.

GONZÁLEZ SERRANO, Urbano, "*La Espuma*. Novela de costumbres contemporáneas. Por Armando Palacio Valdés", en *Estudios críticos*, Madrid: Escuela Tipográfica del Hospicio, 1892: 115-120.

GUILLÉN, Claudio, "Los géneros: genología", en *Entre lo uno y lo diverso: Introducción a la literatura comparada*, Barcelona: Tusquets, 2005: 137-171.

HEMINGWAY, Maurice, "Palacio Valdés y la novela aristocrática", en B. J. Dendle y S. Miller (eds.), *Estudios sobre Armando Palacio Valdés*. Ottawa: Dovehouse Editions Canada, 1993: 47-61.

LISSORGUES, Yvan,"El hombre y la sociedad contemporánea como materia novelada", en J. M.ª Jover Zamora (dir.), *Historia de España Menéndez Pidal*, t. XXXVI, *La época de la Restauración (1875-1902)*, vol. II, Madrid: Espasa-Calpe, 2002: 419-464.

ORTEGA, Soledad, *Cartas a Galdós*, Madrid: Revista de Occidente, 1964.

PARDO BAZÁN, Emilia, "Juicios cortos. España. *La Espuma*", *Nuevo Teatro Crítico* 2, 1891: 68-76.

PÉREZ GALDÓS, Benito, *Lo prohibido*, José F. Montesinos (ed.), Madrid: Castalia, 1971.

PORTO, Heriberto del, *La decadencia de la familia aristocrática y su reflejo en la novela española moderna*, Miami: Ediciones Universal, 1984.

REGALA, Souad, "La aristocracia española en la narrativa de la Retauración. *Pequeñeces, La Montálvez, La espuma*", *Cuadernos para la Investigación de la Literatura Hispánica*, 29, 2004: 161-176

SEPÚLVEDA, Enrique, "La vida en Madrid en 1891. Los libros", *El Día*, 31 de enero, 1891.

TORRES, Davis, "Del archivo epistolar de Palacio Valdés", *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*, 58, 1982: 263-285.

WILLARD, George R., *Tres novelas sobre la alta sociedad madrileña: La Montálvez, Pequeñeces y La espuma*, Middlebury College, 1983.

ZAMORA, Andrés, "La condesa del Zarzal es un monstruo de infamia. Diablesas azules en la Restauración", *The Colorado Review of Hispanic Studies*, 4, 2006: 271-292.